

El Telégrafo



AÑO VIII --NUM. 1,108

Director y Redactor--FLORENCIO SANCHEZ

Administrador--J. R. GOROSTIZAGA

TELÉFONO

Montevideo, Julio 9 de 1898

Funeral de hoy ACEGUA CORONEL NICOLAS IMAS DATOS BIOGRAFICOS

Don Nicolás E. Imas, en la ciudad de José de Mayo, el 6 de Setiembre de 1866, donde recibió principios elementales de educación. Grande, denotando de 9 años, sus padres don Rosendo Imas y doña Hipólita Ortiz de Soriano, dedicándose a las buenas artes. Su padre, hombre de incansable labor, fue soldado de la independencia; sirvió a las órdenes del benemérito general Lavalleja, asistiendo en las batallas, a la memorable del Salto. Fue don Rosendo Imas de numerosa familia. Como acentuamos nombraremos algunos de sus hijos e hijas, por haber prestado valerosos servicios a la patria y a la humanidad, figurando siempre en las filas de los buenos, en uno y otro sentido.

En la revolución de 1857, encontró a Nicolás, siendo muy niño, razón por la cual no pudo alistarse en las filas del ejército que representaba entonces el honor y el respeto de las instituciones. En su lugar fue su hermano primogénito, Rosendo, que prestó sus servicios hasta su terminación.

La revolución de 1863, llevada a cabo por don Venancio Flores, contra el tiránico gobierno de don Bernardo Prádanos, prestaba servicios a este gobierno su hermano Rosendo, en el departamento de Soriano, donde por Lorenzo Arballo, hermano de su padre por rama materna. El 10 de Mayo de 1864, en las cercanías de Mercedes, fue completamente derrotada esa división, debido a una infantería. Fueron acuchillados, perecieron en esa acción, el jefe de la división, Arballo, su tío carnal, su hermano Rosendo y otros miembros de la familia, entre los muchos que caían en esa infame jornada. Nicolás se encontraba en esa entonces apenas de 17 años y su padre, herido no solo por las lesiones anteriores, sino que también por los descensos que producían en su ánimo la mezcla de elementos que se batían en las fuerzas de Berro, y con consecuencia de estos, traicioneros, lo que nos dejamos relatada, resolvió hacer emigrar a sus hijos a la República Argentina. Nicolás y dos hermanos pasaron a Entre-Ríos. Allí permaneció emigrado y dedicado al trabajo agrícola, hasta que sonó la hora de las redenciones, y la voz de la patria, a la cual obedecía siempre con todos los deberes de su espíritu.

La revolución de 1870 encabezada por el general don Timoteo Aparicio, contó en su filas en todo su largo reinado. Invadió al país con el general don Juan de Dios, acompañado de su hermano Rosendo y asistió a todas las batallas de la larga y cruenta guerra. Sus compañeros de armas dirán mejor que nosotros su comportamiento en ella, su valentía, su arrojo, trayendo el enemigo al combate, sorprendiendo guardias y divisiones enteras como la de Ordóñez, y solo ocho compañeros. Los últimos acordar siempre como buenos a don Rosendo Benítez, Tiburcio Arias, Domingo Portey y otros que no recordamos.

Después de terminada esta guerra, dedicó como siempre a las tareas ordinarias. Iniciada la revolución de 1875, llamada Tricolor, fue de los primeros en sumarse con las armas en la mano, con los héroes atentados de aquella época. Con su hermano Luis al frente de los valientes de Soriano, debido a un acto de astucia y arrojo, cayó sobre la población de Palmira, apresando a las fuerzas que la guarnecían. En la batalla de Perseverano, donde fueron derrotadas las fuerzas gubernamentales.



El mando del coronel Gaudencio, por las revolucionarias comandadas por el bravo entre los bravos coronel Arrue, tocó al comandante Imas una parte del triunfo en esa heroica jornada, trayendo con estrategia al enemigo y obligándolo a batirse. Más tarde cuando la revolución tocaba a su fin a causa de la falta de elementos bélicos, persiguió primero por el general Aparicio y luego por el coronel Latorre, fue encargado de la retaguardia y de la defensa del ejército en retirada forzosa, que no podía hacer más y si solo huir con las menores pérdidas posibles. Sus compañeros de armas dirán si cumplió con su deber en tan delicado trance.

La revolución de 1886 contra la ignominiosa tiranía de Máximo Santos, lo contó desde el primer momento en sus filas. En la acción del Quebracho, que terminó con ese movimiento, supo con serenidad y denuevo, con las cargas dobles del enemigo, en protección de la retirada del ejército revolucionario. Fue uno de los últimos en abandonar el campo de batalla, cuando ya no había nada que hacer, en tan críticos momentos que murió el coronel coronel Urán, entonces el comandante Imas se retiró formando con su gente y en orden—y digase esto sin ofender a nadie—fue el único que le hizo en esta forma, siguiendo hasta el Brasil y regresando a la Argentina sin abandonar a sus compañeros. Existe publicada una carta de sus oficiales y soldados en *El Noticioso* de Gualeguaychú de esa fecha, que acredita lo que decimos mas arriba.

Con estos antecedentes, la revolución pasada no podía encontrar sordo a su llamado al comandante Imas. El comité revolucionario le acordó el agrado de coronel.

La comisión radicada en la ciudad de Concordia, que preparó su expedición, cuyo presidente es el doctor Fonseca, dirá como fue su comportamiento. El 13 de junio, en la inmediaciones del Salto y a altas horas de la noche, estaba el Uruguay al frente de una fuerte división, bien armada, para incorporarse al ejército revolucionario. El entusiasmo y decisión retratados en su semblante, no eran sino el reflejo de sus últimas palabras dichas con entereza a su esposa, al abandonar su hogar y besar a sus hijos: *«Hoy es el día mas grande de mi vida.»*

El 8 de Julio, en el combate de Acegua, en sus terribles cargas desalojaron al enemigo de sus posiciones y triunfos naturales, cayó herido gravemente para no levantarse más. ACEGUA

DETALLES DEL COMBATE Relato de Acevedo Diaz

Señor don M. Menéndez.
Buenos Aires.

Muy estimado amigo:
Pídele usted algunos datos sobre el fin de nuestro digno correligionario y valeroso compatriota el coronel revolucionario don Nicolás Imas, acaecido en la acción de Acegua, librado el ocho de Julio contra las tropas gubernamentales al mando del general don Estanislao Riquelme y Muniz; y complázcame en darselos por el aprecio que usted me merece, y por el tributo que debo a la memoria de aquel muerto querido.

Ha de permitir usted, con este motivo, correlacionar hechos y antecedentes vinculados al suceso militar de la referencia.

El coronel Imas al frente de una fuerza bien organizada de infantería, y con la protección de la división del coronel don José Gorzalez, desembarcó en San Antonio, algo arriba del Salto, sitiada en esos momentos por una parte del ejército revolucionario.

Otra fracción se batía con la escuadrilla en el Hervidero; y una tercera maniobraba sobre Guayitú, formando con las anteriores una línea de cerca de veinte leguas.

El desembarco de Imas se efectuó de noche, en la fecha por él fijado de acuerdo con el comandante en jefe; y aunque realizado con el mayor éxito, fue forzoso reembarrar parte del armamento de repuesto que traía, remitiéndolo a costa argentina, por falta de carros para el transporte hasta el ejército.

Su arribo a nuestra ribera, debió coincidir con el de la expedición a cargo del señor Smith, lo que no acaeció por causas ya bien conocidas; siendo este serio contratiempo muy lamentado, en momentos de verdadera prueba para la causa revolucionaria.

El plan hubo de sufrir modificación, y se puso la contramarcha por la proximidad del ejército del general Villar, que se daba inmediato a Laureles.

Esa contramarcha de noche, y con la habilidad que es justo reconocer en el jefe superior de nuestra fuerza, don Aparicio Saravia, que había dirigido personalmente todas las operaciones del litoral, sitio del Salto y combate con la escuadrilla, se hizo sin tropiezo alguno, y se continuó por varios días hasta dejar al general Villar a setenta leguas de retaguardia, y completamente a pie.

De regreso pues, de su brillante excursión, y merced a tales marchas prodigiosas nuestro ejército llegó al río Negro, tomando de sorpresa a las avanzadas de Muniz.

El río Negro estaba muy crecido. El paso de Carpintería tenía una cuadra y metros de nado, ofreciendo a mas la dificultad de una salida estrecha al departamento de Cerro Largo que imposibilitaba el vadeo a nuestras caballerías transadas.

Detras del paso se encontraban un jefe Chagas y otros de estofa de Muniz, por sus antecedentes, con trescientos

hombres, entre infantería urbana y caballería de línea; los que habían venido observando el movimiento del coronel Imas, que se desplegó al citado vado, según órdenes recibidas.

Aquellos jefes enemigos, que hasta ese momento habían atajado a hombres casi indifensos, pues que el regimiento de Trias se componía en su mayor parte de los heridos ya restablecidos del hospital de cuchilla Seca que habían dejado en su mayor parte las armas en el parque del ejército, se detuvieron con sus tropas frente al paso, algo a la izquierda, en una ladera pedregosa, al parecer muy asombrados de lo que veían en la opuesta orilla.

Sus fuerzas mas que regulares, veteranas, eran de sobra para oponerse al pasaje; y a cualquier oficial de escuela se le habría ocurrido desde el primer instante, que no se nada impunemente se navega un trecho de cuadra y metros en canoas, con una salida angosta y barrancosa, bajo un fuego nutrido de armas de repetición.

Pues, a ellos no se les ocurrió.

Como queda aseverado....

El general Saravia ordenó incontinenti el pasaje en canoas de algunas fuerzas de infantería y caballería, a lo sumo quinientos hombres; pashio que debían efectuarse, como es de suponerse, a pequeños grupos de seis individuos por canoa, con el agregado de que, cansadas las caballerías, se refugiarían (según estilo criollo), como se refugiarán casi todos los caballos, prefiriendo ahogarse en la misma orilla algunos de ellos antes de pasar el río.

Comenzó este pasaje, casi increíble. Lo presenciaba el señor Carlos Blixen, corresponsal viajero de *La Nación* de Buenos Aires, y en esos momentos reporter militar.

El enemigo tendió entonces sus líneas de tiradores veteranos, y rompió fuego oblicuo en descargas cerradas, a dos mil metros de distancia.

Nadie hizo caso.

Ningún proyectil hirió a persona alguna.

Hasta los pocos mancarrones que habían cruzado a tiro y enrabados, y que lo primero que hicieron fue probar si las hierbas de la opuesta ribera eran mejores que las de aquesta, salieron indemnes de la lluvia de balas.

El pasaje continuó con la mayor calma y contento de las tropas. Un sol hermoso contribuía a la alegría, derritiendo en breves minutos el manto de hielo que cubría campos y bosques.

Y, pasaron cien; doscientos; trecientos; cuatrocientos revolucionarios, volcándose algunas veces las débiles canoas, sin que se ahogase ninguno de aquellos.

El enemigo seguía con sus tremendas descargas de mauser, siempre en posición oblicua.

Pero, así que se convenció de que aquellos hombres casi andrajosos, sin caballos que montar, ni otros arreos, que el fusil remington y el moral de los cartuchos se alineaban y tomaban posiciones en orden disperso, con el sosiego del que asiste a una función agradable, hizo tocar retirada y se perdió en las quebradas del terreno, sin esperar un solo disparo.

Evidente la imposibilidad de atravesar en el día el vado por todo el ejército, dadas las dificultades del vado mismo, y el tiempo material que esa operación exigía, y siendo de urgencia trasponer el río por encontrarse a Muniz a poca distancia, en la sub-receptoría de Acegua, sobre la línea fronteriza, con el grueso de sus fuerzas, Saravia resolvió que el pasaje del resto de las suyas se efectuase por cierta pieceta, que ofrecía menos riesgos, aunque en parte mínima estuviese a nado también.

Así se realizó.

Reunidas todas las divisiones revolucionarias, se emprendió la marcha sobre el ejército gubernista; el que en vez de salir al encuentro, dada la cantidad y la calidad de sus tropas, se parapetó dentro de pedregales y maniguas.

Esas tropas se componían según nuestros informes: del 1º de caballería de línea, jefe superior Juan P. Beltrami; del 3º de la misma arma, al mando de Julio Gutierrez; del batallón urbano de Melo; y de un regimiento de milicias. (A estas unidades, hay que agregar la división de Treinta y Tres; con que se incorporó Basilio Saravia al grueso, en la noche del 7. Este jefe trajo ade-

mas una tropa de ganado para abastecer de las fuerzas, que en esa fecha hacían ya largas horas estaban sin comer en su encierro de piedras.

El día 6 se iniciaron las guerrillas, con algunas bajas en ambos campos. Al siguiente, los choques aislados si querían acentuarse, sufriendo los gubernistas mas de una pérdida importante.

El día 8, fué de cruda pelen.

Las guerrillas revolucionarias, directamente dirigidas avanzaron de frente y de flanco, para estrechar el asedio, no siendo posible el avance por nuestra izquierda por constituir la línea divisoria con el Brasil.

Tanto en uno como en otro punto, frente y flanco derecho, nuestros fusileros y tiradores desalojaron al enemigo, arrojándolo hacia el arroyo de la Mina, y se hicieron firmes en sus posiciones.

En esta maniobra ardua, por las escabrosidades del terreno, cupo principal papel a los bizarros jefes Berro, Imas, Muñoz y Matin, cuyas divisiones entraron las primeras en fuego.

El celo del segundo, en la ejecución de la orden, que era limitada, fué demasiado lejoso.

Agotada la munición, pidió nueva, que le llegó tarde.

Merced al refuerzo traído por Basilio Saravia, Muniz dobló sus líneas de tiradores, hizo avanzar sostenes y reservas de las dos armas; que encontraron al valeroso Imas imposibilitado de resistirlos y repelerlos.

Bajo entonces la ladera, casi envuelto en la carga, siendo herido de bala en el vientre.

En este episodio, condújose con su acostumbrada bravura el joven comandante Basilio Muñoz, a quien la intrepidez le viene de herencia.

La fauna está fué dura y de dolorosas pérdidas; pero, la posición, que la constituirían un almacén y una zapatería, fué inmediatamente recuperada por el refuerzo que vino feroz al socorro.

En el choque decia, perdiéronse vidas preciosas.

En aquella funesta ladera cayeron entre otros el brillante capitán Alberto Maldonado, que por sus actitudes de soldado y su valor caballeresco, era una esperanza de nuestra milicia, el inteligente joven estudiante de derecho Arturo Ramos Suarez, cuya decisión en la hora de prueba puede citarse como ejemplo; el atrojado Teodoro Berro, casi un niño, pues solo tenía diez y nueve años, que acababa de restablecerse de una herida de bala recibida en el combate de Hervidero; y el estético Sollanes hermano del valiente Brailio, ya muerto, y que a su vez lo fué sobre el terreno, a bala y cuchillo.

Entre los heridos, de caracter grave, se contó Ramon Orique.

La ciencia médica, representada tan dignamente en nuestro ejército por los doctores Buena, Severio Lussich, Ponche de Leon y Lamas, a su voz ayudados por los celosos practicantes Chon, Osorio, y Casas, puso en juego todos sus recursos para el alivio y curación de nuestros heridos, que llegaron a sesenta.

El proyectil que nos arrebató a Maldonado, penetró por el vientre saliendo junto a la columna vertebral.

Ramos Suarez, el bueno y abnegado compañero, lo recibió en la aorta.

Su cuerpo fué recogido por el coronel Alonzo.

Berro, lo recibió en el cráneo, quedando en el acto sobre el terreno. Sollanes tenía varias heridas de bala y de puñal y estaba degollado.

Parece que el infortunado joven se defendió vigorosamente a brazo partido por las desgarraduras en las manos, hasta caer exánime en la ladera.

En cambio, las bajas del enemigo fueron considerables y muy superiores, como ha sucedido siempre en todos los combates; lo que solo se explica por la precisión en el tiro de nuestros soldados, no siendo sus armas de repetición.

Como al valiente Teodoro Berro, desalojó también un proyectil la cabeza a un humanitario médico brasileño de color que en calidad de tal se había incorporado voluntariamente a la primera división para prestar en ella sus servicios, y al que alcanzó la muerte cuando acababa de practicar una cura. Fleury, era un apollido, y se habría hecho estimar de todos por las nobles prendas de su carácter.

